

*Y ahora, cuando al acaso,  
Introduzco los dedos en la brea,  
O meto el pie derecho, como un loco,  
Sin mirar nada, en la bota derecha,  
O me cae de golpe sobre un dedo,  
Alguna gruesa piedra,  
Lloro, pues todas estas cosas,  
A aquel viejo tan viejo me recuerdan...*

*Y su mirada dulce, y su voz leve,  
Y su caballo blanco cual la nieve...  
Y como las de un cuervo sus facciones;  
Sus ojos encendidos cual carbones...  
Pues parecía loco de tristeza  
Moviendo hacia ambos lados la cabeza.  
Susurrando palabras balbucientes,  
Cual si tuviera un pan entre los dientes...  
Y soplabla cual búfalo furioso  
La tarde de un verano caluroso;  
Sentado ante una puerta, hace ya años,  
Rodeado de tilos y castaños...*

Cuando el caballero hubo terminado la última estrofa de aquella balada, recogió las riendas y enderezó el caballo hacia el mismo camino por el que había venido.

—Sólo tienes que andar unos cuantos pasos — le recomendó a Alicia —. Desciendes la loma, cruzas aquel pequeño arroyo y serás reina. Pero quédate un poquito para verme partir — agregó al volverse Alicia para mirar hacia dónde él señalaba —. ¿Lo harás? No estaré muy lejos. Espérame, y cuando doble el primer recodo de la carretera agita el pañuelo. Creo que eso me infundirá ánimo.

—Claro que esperaré y con mucho gusto; no faltaba más. Muchísimas gracias por la molestia de acompañar—

me hasta tan lejos..., y por la canción. Es preciosa, y me agrada sobremanera.

—Me lo figuro — dijo el caballero, pero su tono era algo dudoso —. Aunque no lloraste tanto como esperaba.

Alicia y el caballero se estrecharon las manos, y éste emprendió lentamente el regreso por el camino del bosque.

—Espero que no tardaré mucho en verlo doblar — pensaba Alicia al contemplarlo —. ¡Allí va! — prosiguió —. ¡Como siempre!... Sin embargo, parece que le es más fácil recobrar el equilibrio. Tal vez se deba a la cantidad de cosas que lleva en derredor...

Así continuó, conversando consigo misma, mientras seguía con la mirada el andar perezoso del caballo y el extravagante jinete que iba escurriéndose, primero por un costado, después por el otro; éste, después del cuarto o quinto tumbo, llegó al recodo. Alicia le hizo entonces señas con el pañuelo y quedóse inmóvil hasta perderlo de vista.

—Espero que efectivamente mi saludo le haya infundido valor — murmuró, mientras descendía por la loma —. ¡Y ahora, el último arroyo, y ya soy reina! ¡Reina! ¡Cuán grande suena esa palabra!

Unos cuantos pasos más y estuvo en el borde del arroyo.

—¡El último cuadro! ¡Por fin! — exclamó. Y saltó dentro, sentándose sobre el césped para descansar; el césped estaba salpicado de florecillas, y era blando y suave como el musgo —. ¡Oh qué alegría tan grande tengo al verme aquí! ¿Y esto qué es? ¿Qué peso es este que siento en la cabeza? — se preguntaba levantando las manos con espanto y poniéndolas sobre algo muy pesado que le apretaba las sienes —. ¿Pero cómo pueden habérmelo puesto encima sin que yo me enterara? —